

COPIO de un artículo publicado en Madrid («Los Quinquis», por José María Moreiro, «Los domingos de ABC», 20 de abril de 1969) la siguiente

descripción de los «quinquilleros»: «Hijos de la noche y el camino, rabadanes de la bellaquería y el latrocinio, catedráticos de la ganzúa y el alicate, desabrochadores de cerraduras, destripadores de la verdad, íconos del delito y ladrones de todo». Luego, el piadoso y científico articulista nos informa con aire vindicativo y justiciero de que estos hombres «se ganan, día a día, su primera corbata —la de cañamo», y de que «nada tienen que ver con el pueblo gitano». De que «el gitano es un ser pacífico, que gusta de la varita de olivo, el rasgueo de la guitarra y la indolencia de la siesta». De que «el gitano tiene su gracia y hasta su historia». De que «el *quinqui*, en cambio, tiene la mirada torva y mala la entraña. Es ladino, hipócrita y peligroso». «No verás a *quinqui* alguno —nos advierte, desaprobador, el señor Moreiro— con una monita de la mano haciendo títeres, cantando o con una guitarra entre los dedos». ¡Vaya! Dejamos a un lado el tal artículo, que podría ser recogido a muy justo título en una antología universal de la infamia o quizá —quién sabe— en el «Celtiberia Show» del amigo Carandell, pero nos quedamos, sin embargo, con un muy amargo sabor de boca a la vista de que el tal artículo no es, ¡ay!, una excepcional bagatela, sino más bien la expresión de toda una filosofía vigente en España, de modo muy generalizado, con referencia a determinados grupos, no ya sólo *marginados*, sino *acosados* hasta las mismísimas puertas del crimen, traspuestas, desde luego, con la frecuencia correspondiente a las características del acoso social a que estos grupos son sometidos. Y, claro está, los encumbrados practicantes de esa violencia social sólo ven la violencia del otro: del oprimido. El opresor es ciego para su propia violencia; ya se sabe... El señor Moreiro, autor de tan lamentable artículo, por ejemplo, no considerará, seguramente, su engendro literario como un acto violento, como la cruel contribución de un funcionario de la violencia establecida, al odio social y a sus tantas veces duras consecuencias.

Miremos para otro lado: Armando de Miguel, en reciente



VIAJE A LOS "QUINQUILLEROS"

ALFONSO SASTRE

entrevista («Ya», 3 de enero de 1971), al hablar de la violencia «ácrata», lo ha hecho en estos términos: «La violencia ácrata es consecuencia de la estructural, que se está dando en aumento. La violencia que estamos padeciendo (...) es, sobre todo, estructural...». Ni que decir tiene que suscribimos esta tesis desde el fondo del alma.

Peró, ¿quiénes son, de verdad, los *quinquilleros*? Algo parecido a una definición intenté hacer yo en cierta nota previa a una especie de «tragedia *quinquillera*» que escribí en 1966 (su título es «La taberna fantástica» y permanece inédita): «Este —dije allí, hablando de los *quinquilleros*— es un oficio nómada, no étnicamente diferenciado, socialmente marginal y siempre segregado en sus intentos de integración suburbana: el *quinquillero*, es la vecindad, es el otro.

«Se va realizando últimamente, de modo individual y con muchas dificultades, la proletarianización de algunos *quinquilleros*, como también, más lentamente, la de algunos gitanos, con los que aquéllos tienen cierto parentesco social, situacional.

«El oficio *quinquillero* —el "gremio"— es nómada, pero cada vez se centra más en torno a un domicilio habitual, casi siempre misero y suburbano: cueva, lona, chabola o, ahora, viviendas "de absorción" (en Madrid, UVA: Unidades Vecinales de Absorción). Consistía en la venta ambulante de "quincalla" y ahora, sobre todo, en el arreglo de cacharros de cocina y paraguas ("paragüero, lañao") y sillas ("la silla"), así como chapuzas de fontanería y fabricación de cacharras y medidas para la leche, etcétera: hojalateros».

Hablaba yo a continuación —en la nota inédita que vengo citando— de que «el desamparo social, el vacío cultural en que viven —la cruel miseria, en fin, de sus condiciones de vida— crean en ellos una moral, un lenguaje, una idiosincrasia "sui generis", y tales condiciones constituyen, desde luego, un caldo de cultivo en el que crece, en porcentajes seguramente más elevados que en otros grupos o capas sociales, la pequeña delincuencia: el hurto de efectos no guardados, etc.».

A los dos días de escribir la nota en cuestión (y a los tres justos de haber terminado de escribir «La taberna fantástica») tuve ocasión de conocer en la prisión de Carabanchel, en compañía de

otros camaradas de letras, a lo que podríamos llamar la «gran delincuencia» *quinquillera*: Medrano, «Lute», los hermanos Romero y otros. (No creo que puedan olvidársenos a ninguno algunos de aquellos momentos; entre ellos, y sobre todos, el horror con que se asistía a los preparativos de la entonces inminente ejecución de García Romero, acusado de dar muerte en Villaverde al sargento Barriga, de la Guardia Civil.) Pues bien: esta «gran delincuencia» —el fino, serio, silencioso y gimnástico «Lute», el tremendo Medrano («la comida se enfría, pero la venganza no se enfría nunca», nos confió una tarde), el simpático Romero, apodado «El Tonto», imagino que por el papel que solía desempeñar en los timos... — significa, sin duda, un «salto» a la delincuencia profesionalizada «contra la propiedad» — ¡proudhoniano sin saberlo: la propiedad sería para ellos el verdadero robo! —; fenómeno este que no sólo no me obligó a rectificar lo anteriormente escrito, sino que contribuyó a ilustrarlo: allí estaba aquella acusación viva contra la sociedad en que tal género de «delincuencia» puede producirse y, claro, se produce.

Para quienes hemos tratado y tratamos no prejuiciosamente a estos hombres, está bien claro que un *quinquillero* no es, forzosa y necesariamente, un «delincuente», ni los *quinquilleros* son asociaciones de delincuentes, tal como ha pretendido y sigue pretendiendo, con notoria falta de información o recusables descaro y mala fe, gran parte de la prensa española al comentar determinados sucesos, contribuyendo así, culpablemente, al acorralamiento social de estos grupos y al mayor desarrollo en ellos de una «delincuencia» defensiva. Porque es así: la indefensión social en que viven —y la necesidad de defenderse como sea para sobrevivir en tan desfavorables condiciones— crea en muchos de ellos un componente (defensivo) de agresividad, de violencia. Y yo atribuyo también a estas condiciones la generosidad sin límites, casi *agresiva* también, con la que ellos se hacen aceptar: *imponen su presencia, jovialmente, en un mundo enemigo*. Tales eran mis puntos de vista en 1966. ¿Y cómo es ahora?, me pregunto.

Así que voy y le digo a mi buen amigo Paco, el de la Rubia, vecino de San Pascual: «¿Por qué no vamos a echar un rato con el Teles y otros amigos, a sus predios de la UVA? Es ya un siglo sin verlos; casi desde que los echaron para allá...». «Y que se alegrarán un rato cuando nos vean», contesta Paco de buena gana; y el domingo 10 de enero, a las 10,30 de esta mañanita de sol, tomamos un taxi y emprendemos nuestra expedición al país

de los *quinquilleros* de Madrid.

Voltean los carillones de la iglesia cuando despedimos el taxi. En una taberna preguntamos por el amigo, y un cliente, amable, nos pregunta a su vez: «¿El de las sillas, dicen?». «Sí, señor». «Pues vengan, que yo les acompaño». Y pronto llegamos a su modestísima vivienda de «absorción». Un niño mayor se lava los pies en un barreño, entre la tropa de los pequeñajos, uno de ellos mocosísimo: «Vaya velas, muchacho», le decimos, jocosos. «Tenemos nueve chicos —nos dice la señora de Teles—; pero siéntense, siéntense y tomen algo; aunque ya ven que, como es domingo, tengo todo sin arreglar». Los ojos de Teles cuando nos saluda, parecen vídrios azules: «Pero, hombre...», y los saludos son cordiales y verdaderos. «Vamos a dar una vuelta por ahí»; y que nos vamos. «Adiós, señora». «Adiós».

—De lo que me pregunta de nuestro oficio y su situación actual —me explica el Teles, mientras buscamos a su hermano y a amigos antiguos por distintos establecimientos de bebidas—, le diré que está por desaparecer, y ello se debe a muchas causas, entre otras que, por ejemplo, a mí me da ya hasta vergüenza salir

por la calle con la caja y eso, voceando. Le da a uno no sé qué, ya le digo, tal como está el cambio de los tiempos; así que yo, en vez de salir, sale la mujer todas las mañanas un rato por ahí —aunque ahora, con la criatura pequeña, a veces no le va mucho el salir— y me trae una, dos o tres sillas, que yo reparo en un par o tres de horas y me saco los sesenta duros para vivir y tomar estas copas; y, ¡eh!, tú, no se te ocurra cobrar aquí a los señores, y tampoco yo te pago, para que te fastidies.

«Ya pagarás cuando tú quieras», le dice el tabernero riéndose, y nos piramos a otro bar de los contornos. Así da gusto.

—Así, puede decirse que de unas treinta familias o así de *quinquilleros* que vivimos en estas urralitas, sólo dos y mi hermano Julián algunas veces (pero ahora está algo pachucho) salen con el cajón a los cacharros y paraguas; y yo, eso sí, que sigo siempre con mis sillas. Los demás, la mayoría, están en la construcción ganando sus jornales. Estos oficios, como la busca y otros, van desapareciendo.

—¿El Felipe sigue de conductor? (recuerdo cuánto le costó

emplearse, dada su condición de *quinquillero*.)

—Ahora lleva una hormigón; así que, en la construcción como le digo. Sí, y en estos últimos tiempos se van colocando todos, al verse cómo cumplen.

—¿Y el compadre de Felipe, el Paco?

—También en los albañiles, y le digo. ¿Qué, tú, no ha venido por aquí Julián, mi hermano?

Pero, por lo que se ve, ha corrido la voz de la visita, y ya tenemos aquí a Felipe, el de la hormigón, que se alegra un tanto de vernos. «¿Pero, hombre, ¿cómo por aquí?».

—Nuestro oficio —nos dice después de los saludos— ya no tiene nada que hacer, y menos ahora con los plásticos; y además, que arreglar un paraguas cuesta casi más que comprar uno nuevo, y claro, cualquiera, a no ser el paraguas un recuerdo, se retrae dándonos a arreglar, y se comprende.

—El otro día —apunta Teles— cobré yo treinta duros por un paraguas que tenía un problema de las varillas. Que lo valía de material, pero es que, a ver...

—Y ahí lo tienes —comenta Felipe—, que casi por unos veinte duros te compras uno nuevo. Así que no compensa, y es natural. Oye, que no les cobres, ¿eh? Qué no les cobres aquí a los señores!

Sigue la expedición por las tabernas, engrosando cada vez más el grupo y siempre con profusión de abrazos y saludos. Ahora es Paco el que llega, acompañado de hijo del señor Jorge —q. e. p. d.— el que fue matarife de la plaza de toros en tiempos antiguos cuando uno le conoció en el barrio de San Pascual. Y yo recuerdo que solía llevar la botella de vino en una manga de la chaqueta, atada en un extremo con una cuerda. Por cierto que un día, estando en La Serrata, se le había olvidado atar la manga y, al echar la botella por allí, ésta aterrizó en el suelo y se hizo añicos con no pocas risas por nuestra parte... Qué mala leche.

Paco se alegra y se le ensancha el corazón; me abraza.

—Nunca me gustó la caja, como usted sabe —dice— pero, sobre todo, por lo mal que le tratan a uno; y que si ocurre cualquier cosa, pues ya sabes: no te encuen tras seguro ni en tu propia casa. Y con este trabajo de construcción es otra cosa. «Trabajo es tal obra», y ya parece que es un respeto, ¿no? Es parecido a lo de los gitanos. ¿No, tú, Simón?

Es un gitano joven, con las gafas oscuras, el cual asiente. Estamos en un bar abundante en tapas de cocina, y caen unas raciones de gambas a la plancha y alguna de ríñones. («Y a estos señores no les cobres ni un duro, ¿eh!»



VIAJE A LOS QUINQUILLEROS

Que son extranjeros. ¿Vale?». «Vale».)

—Así es —dice Simón, el gitano—, porque luego dicen de estados de excepciones, pero en éstos, los quinquilleros, el estado de excepción es, digamos, permanente; te tiran la puerta y ya está. Y más, como le digo, en éstos que en nosotros, los gitanos; no sé si será por nuestra zalamería, que nos sabemos ganar más a la gente, pero es así, es así. Y es que, de cualquier manera, es discriminación lo que hay con nosotros, ya sea con los quinquilleros, ya con los gitanos, y así no puede progresarse, ni nuestra raza, ni éstos, ni nadie, nadie.

Volvemos al oficio y se abre una discusión sobre las sillas y los materiales de su reparación.

—Los asientos, que es lo que nosotros le echamos a las sillas, se hacen de la espadaña, o sea, de enea, que ahora te vale, si no vas a buscarla al río, a unas doce pesetas kilo. La hembra de la espadaña es lo que se siega, lo que vale para este oficio. El macho tiene así como un palo y no te vale. La hembra es todo hoja, y de ahí su valor para estas reparaciones de las sillas.

«El junco sólo se corta para los churros. Por el contrario, es la junquilla, o sea, la hoja, la hembra del junco, que es blanca (y que va ahora como a unas setenta y cinco pesetas kilo), lo que se usa para recubrir la espadaña, cuando se trata de dejar una silla como de lujo, a base de bien. ¿Entiende?»

—Por cierto que el junco está en lo seco —afirma Paco.

—¿Pero, qué dices tú! —le discute el Teles—; si crece con la humedad del río, qué hablas de seco.

—Sí que crece por esas partes —admite Paco—, pero en lo seco, en lo seco: apartado del agua, y luego, si lo almacenamos en la casa, con las humedades que aquí tenemos, se te pudre.

—Eso sí que es verdad —conviene Teles—; que por eso no se puede tener en casa más espadaña que la que se va gastando. Venga, vamos a otro sitio, y les prometo que en la próxima si que pagan un vaso o lo que quieran.

—¿Y qué pasa —pregunto, paseando— con el lenguaje de ustedes? ¿También se va perdiendo, al perderse el oficio? ¿O no se pierde?»

—En cuanto a eso, no —contesta Teles—. Sólo que no lo empleamos más que así entre nosotros, por una educación. Por ejemplo, a ver si me entiende esta copia o cosa que se dice:

«Campestre,
¿qué maque es el que liguera
[al gao?]

—Cállate, deshonrao,
que estoy aquí por los cates que
[me han dao].

«Pues ya lo ve: "campestre" llamamos en "merchero" (o sea, en "quinquillero", que es diferente del caló gitano), al pastor. "Maque" es el camino. "Liguar", llevar. "Gao", pueblo. ¿Y sabe lo que es la "verdosa"? Pues la hierba. Y la "hueca", la escopeta. Y los "jalleres", el dinero. Y "el manus de la cobá", así, el que está por esa parte. Y las "tirajais", las botas. Y las "corrientes", las tripas. Y las "estillas", las plumas de las aves. Y las "blancosas", las palomas. Y "palomas" se les llama a las sábanas algunas veces.

—¿Y cómo le llaman —interrumpo malignamente— a la Guardia Civil? ¿Tienen su nombre?»

—Hombre, eso depende. Se les puede llamar "cigüeños". O los "repollos". O los "iguales"... También se les llama "jundos" o "jundunares", pero eso es en gitano; que, por cierto, a la policía le llaman la "pestañi", mientras que en "quinquillero" se le suele llamar la "pasma" o la "madam". Palabras que existen en el mundo.

—A ver —interrumpo tomándome mi «mol» con su miajita de «pañi» — cómo le llaman a los alimentos, Teles. ¿Si me lo dice, me lo apunto! ¿Vale?»

—Hombre, el alimento puede ir desde una vaca, que le llamamos la "gorusa", hasta el pan, que se le llama "manró", o "marrocate", o "tosti", así, según. Y al vino,

como usted sabe, se le llama el "mol", y el "ampio" es el aceite, y las judías son las "rilaoras" —lo cual viene de "rile", que es como le llamamos los gitanos al pedo: "Qué rile te has tiraó, hijo mio"... te dicen en calorro—. Y la "melosa" o la "dulzosa" es el azúcar. Y los "gabrieles" se llama a los garbanzos. Y las "chongas" son las patatas (aunque en gitano les llaman "rilaoras" a las patatas, no se sabe por qué). Y un "balichó" o un "chollo" es un cerdo (que en gitano lo llaman un "geló"). Y a la asadura la llamamos la "gallardi". Y un "garujo" es un gallo (los gitanos le llaman "chirricó" y a la gallina "barñi"), y... y...

¿Qué más quiere saber? ¿Eh? ¿Qué más quiere saber? Por ejemplo, si le digo: "Oye, te traes unos castes para el rufo", ¿usted me entiende? Pues le estoy pidiendo, ni más ni menos, que me traiga unos palos para la lumbre. Y si hablamos de ganadería —que ya le dije lo de la "gorusa"—, ahí tiene un "gel", que es un burro, y un "bastorro", que es un caballo, y una "grañi", que es una yegua, y... y... y... Y cuando íbamos en carros los llamábamos "rodantes" o "berdós", que es gitano, pero también se dice en "merchero", o "rodas", que es la palabra más vulgar; y marchábamos por la "tira", o sea, por la "larga" (la carretera) —aunque la "larga" se dice también a lo que es una

soga—, y ya podía hacer frío, si llevabas tu buena "pelosa" (mantita), ¿eh? Y a veces, ¿veis?, tenemos muchas palabras para la misma cosa: si queremos decir ventana, tenemos la "perlacha" y la "recañi". Y por la "recañi" se "di-quela" la "larachi", mientras viene el "chibel" (se ve la noche mientras viene el día). Por cierto que "larachi" (noche) lo dicen tanto los gitanos como nosotros, y es que hay palabras que tenemos comunes, aunque seamos distintos en otras muchísimas cosas. Por ejemplo, si los gitanos le llaman "arajay" al cura —el "arajay" de la "cangri" (el cura de la iglesia)—, nosotros al cura le llamamos "rusibel". Y en gitano, otro ejemplo, le llaman "chivar" a lo que nosotros le llamamos "esparibar" ("j..."). O para nosotros es el "minchi" lo que para los gitanos es el "jojay" (genitales femeninos). Mientras que decimos igual frases como, otro ejemplo, la "rumi" (mujer) de este "julay" o de este "burni" o de este "lacorri-llo" (adolescente); palabra esta que viene de "lacorro" (muchacho). O también se dicen igual en gitano y en "merchero" cosas como "esparibar una burda", que es tirar una puerta, cosa que casi siempre se hacía antaño para dormir en un corral al llegar esas noches de frío, y todas esas cosas... O decimos igual, en fin, a la sangre, que es el "arate", gitanos y "quinquilleros": "arate", sangre...

—Pero hay muchas diferencias —dice otro—. Por ejemplo, si se habla de "truyo", es el tren para los "quinquilleros", mientras que otros muchos le llaman así a la cárcel, es decir, a lo que se llama también el "maco". ¿Y qué le parece que serán los "picantes"? ¿No lo sabe? ¡Pues son los calcetines! Y otra cosa: una "caira" es eso de lo que tanto hemos hablando hoy, la silla, nada menos... O sea, entiéndase que es muy diferente la "caira" de la "chaira", cuidado, que "chaira" es como se llama, de nombre, a la navaja por algunas partes del mundo. O sea, que...

«O sea que...». Hablaríamos más, ¿y hasta de demasiado?, bajo la presión casi insultante de su desbordada generosidad, con estos viejos amigos. Pero es muy tarde, y espera para comer en casa la señora Josefa, la señora de Paco el de la Rubia.

—Paco —le digo al amigo de San Pascual en este dulce domingo—, ¿nos vamos para el barrio?»

—¿Pero otro día volvemos! —me dice Paco, con pesar de marcharse, despidiéndose de los amigos que nos invitan a volver por más tiempo.

¡Pues claro que sí! ¡Queridos amigos! «¡Quinquilleros», adiós! ■ A. S. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

